

# EL ESFUERZO POR PENSAR DISTINTO: ENSAYO SOBRE EL AFUERA Y EL ALEJAMIENTO DE UNO MISMO EN LA OBRA DE MICHEL FOUCAULT

**Juan M. Salorio Díaz**

*Investigador predoctoral*

*Universidade da Coruña*

Recepción: 30 de junio de 2014

Aprobado por el Consejo de redacción: 1 de diciembre de 2014

**RESUMEN:** La obra de Michel Foucault, en primer lugar, nos acerca el conocimiento de un poder cuyo origen es idéntico al del ser humano que surge del siglo XVIII. A partir de ese origen, el cuerpo, la biografía y el deseo se convierten en espacios privilegiados para así lograr un óptimo establecimiento de las técnicas disciplinarias. En último momento, Foucault invita a trabajar un pensamiento nuevo, más vigente, donde las nociones de poder y libertad tenderían a formar parte de una misma línea. Se propone como objeto de este estudio enfrentar justo el cambio de perspectiva en el pensamiento foucaultiano, que provoca que las disciplinas se ubiquen ahora dentro de un contexto amplio, complejo y en el que no todo es previsible. El interés de Foucault gira hacia un tipo de poder que principalmente hace funcionar la libertad para luego gestionarla.

**PALABRAS CLAVE:** poder, disciplinas, libertad, fuerzas, afuera.

**ABSTRACT:** Firstly, the work by Michel Foucault brings us the knowledge of a power whose source is identical to the human being who arises from 18<sup>th</sup> century. Since this origin the body, the biography and desire have become privileged spaces in order to obtain an optimal establishment of disciplinary techniques. At the last moment, Foucault encourages to work out a more effective new thinking, where the notions of power and freedom would tend to be part of the same line.

The paper aims to examine the shift of perspective of Foucault's thought, which places disciplines within a broader and more complex framework, in which not everything can be foreseen. In regard to this, Foucault's research interests begin to focus on a type of power which is primarily aimed at organising freedom, so as to subsequently managing it.

**KEYWORDS:** power, disciplines, freedom, forces, outside.

## I. INTRODUCCIÓN

En el año 1976, Michel Foucault publica *La voluntad de saber*, el primer volumen de su *Historia de la sexualidad*, y ya desde el inicio de este ambicioso proyecto se lanza una teoría asombrosa e inquietante: la represión a la que el sexo se vio sometido durante el siglo XIX no se puede considerar tanto como una simple persecución del placer o como una manifestación del puritanismo de la época, sino, más bien, como el principal recurso gracias al cual se consiguió aislar y privilegiar esa parte de nosotros que, en adelante, se vino a emplear como forma de producción de lo humano. Toda vez que el sexo no es "cualquier cosa" y, por lo tanto, no se debe consentir que permanezca extraño, se tiene que emprender su búsqueda, se tienen que multiplicar las ocasiones para hacer que hable. Luego, una vez dilatado, interrogado y sopesado, ya sólo se podrá sostener que es por medio del discurso ordenado y regular cómo se alcanza a decir el sexo verdadero, el sexo coherente<sup>1</sup>.

La sexualidad representa un dispositivo, un conjunto de instituciones, reglas e instrumentos de vigilancia, que no tiene como función mantener el sexo oculto e innominado, precisamente. Al contrario, se enciende el sexo, se problematiza sobre sus condiciones de funcionamiento, se multiplica su geografía y ello hasta el punto de que el sexo termina por encontrarse, de un modo u otro, siempre presente. El poder no limita el sexo, en realidad lo instaura y lo generaliza<sup>2</sup>.

Observamos que en *La voluntad de saber* se continúa la línea ya empleada un año antes en *Vigilar y castigar*. El poder extiende una enorme masa de teoría en torno a la conducta humana y ello le sirve para filtrarse hasta en el último de los movimientos. A los individuos se les hace presa del discurso y de una serie de técnicas de normalización aparejadas. Foucault nos muestra aquí cómo el poder, a la hora de enfrentarse al problema de su propia conservación, recurre a procedimientos distintos del Derecho o de la soberanía<sup>3</sup>. Así, ya no se trata tanto de que la ley enseñe el filo de la espada, de que se introduzca un juego acerca de la muerte, sino de hacer funcionar técnicas con las que maximizar la vida, con las que dotar a ésta de mayor fuerza y longevidad, y distribuirla a continuación en un dominio de valor y utilidad<sup>4</sup>.

---

1 FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad. Vol. 1. La voluntad de saber*, Siglo XXI, Paracuellos de Jarama (Madrid), 1998, 9ª ed., págs. 45, 91, 96, 99, 110, 149...

2 "La relación de poder ya estaría allí donde está el deseo." *Ibidem*, pág. 99.

3 *Ibidem*, págs. 109, 149, 174, 178...

4 Foucault alude a todo un conjunto de técnicas disciplinarias con las que se interviene sobre los cuerpos, en el marco de un proyecto general de normalización. Se trata de una microfísica del poder, de una anatomía política del cuerpo, cuya finalidad es obtener cuerpos útiles y dóciles, esto es, aumentar la fuerza económica de los cuerpos al mismo tiempo que también reducir su fuerza política. Para ello se interna a los cuerpos -una multiplicidad confusa- en una serie de edificios-instituciones donde se halla organizada y regulada una sucesión de tiempos y actividades que debe tener como resultado la composición de fuerzas productivas. El cuerpo se somete al rigor de la prisión, la fábrica, la escuela, el hospital; allí se le impone una vigilancia exhaustiva, un examen jerarquizador -destinado a individualizar o crear un "caso"- y, finalmente, una medida encauzadora o normalizadora. Véase CASTRO, E., *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011, págs. 102-108.

No obstante, también en *La voluntad de saber* se encuentran apuntadas algunas cuestiones que serán clave en el posterior trabajo de Foucault: control global de las poblaciones<sup>5</sup> y superación de las disciplinas<sup>6</sup>.

Los dos siguientes volúmenes de *Historia de la sexualidad*, publicados póstumamente en 1984, sorprenden por el cambio de interés y de estilo. Foucault presenta un recorrido muy amplio por las distintas concepciones y saberes que, acerca del cuerpo, se fueron gestando en Grecia y Roma durante la Edad Antigua. Se observa, en primer lugar, cómo en estas culturas se enfrenta el problema de la dirección correcta de uno, el problema de la toma de decisiones adecuadas respecto a la salud, el hogar y el gobierno de la comunidad y, en segundo lugar, cómo a partir de la formación de pautas o claves en torno a lo que se considera que es prudente y virtuoso se crea también una relación de cada uno consigo mismo. Cada uno puede procurarse para sí una existencia estética, moral y con entidad propia, y ello aun dentro del marco de las relaciones de poder<sup>7</sup>.

¿Cómo se puede dominar y gobernar la casa, los negocios o la ciudad, sin que antes se establezca una relación adecuada de dominio sobre uno mismo? La tarea de conocerse y cultivarse, de tomarse a uno mismo como objeto permanente de conocimiento y modelación para así ser más fuerte, más sabio, más consciente, puede que exija estar a solas, pero ello, de todos modos, no deja de ser una práctica social. De hecho, la inquietud por uno mismo, ese afán por tomar posesión de uno mismo, aparece en el contexto de una intensificación de las relaciones sociales<sup>8</sup>.

No obstante, aunque Foucault describe una dimensión subjetiva formada a partir de un contexto social y de unas concretas relaciones de poder, también vemos que esa dimensión permanece y actúa en ese contexto con una cierta autonomía. Dominar el arte de la existencia exige un rigor, una espera, que trasciende el nivel de las prohibiciones sociales. Así, sabemos que en Grecia, por ejemplo, la ley no era especialmente escrupulosa en lo que a los placeres se refería, sin embargo, la austeridad, el comedimiento, cierto ascetismo, igualmente se vino imponiendo como medio para conseguir un dominio del arte de la existencia<sup>9</sup>. Tomar posesión de uno mismo alcanza un valor propio, original y de efectos no completamente cerrados<sup>10</sup>.

5 FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad. Vol. 1. La voluntad de saber*, cit., pág. 130.

6 "Los nuevos procedimientos del poder que funcionan [...] no por el castigo, sino por el control." *Ibidem*, pág. 109.

7 "Pero es preciso comprender que esta virtud que funciona como ejemplo y marca una superioridad no debe su valor político al simple hecho de que sea un comportamiento honorable a los ojos de todos. De hecho, manifiesta a los gobernados la forma de relación que el príncipe mantiene consigo mismo: elemento político importante porque es esta relación consigo mismo la que modela y reglamenta el uso que hace el príncipe del poder que ejerce sobre los demás." FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad. Vol. 2. El uso de los placeres, Siglo XXI, Paracuellos de Jarama (Madrid), 1993, 2ª ed., pág. 160.*

8 FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad. Vol. 3. La inquietud de sí, Siglo XXI, Paracuellos de Jarama (Madrid), 1987, págs. 49 y ss.*

9 *Ibidem*, págs. 64 y ss.

10 "La experiencia de uno mismo que se forma en esta posesión no es simplemente la de una fuerza domeñada, o de una soberanía ejercida sobre un poder listo a rebelarse; es la de un placer que toma uno en sí mismo. Aquel que ha llegado a tener finalmente acceso a sí mismo es para sí mismo un objeto de placer. No sólo se contenta con lo que

Se descubre en Foucault un cambio en la línea de exposición, que exige una nueva interpretación de su pensamiento. El conjunto de su obra, hasta *La voluntad de saber*, hacía que siempre nos moviésemos dentro de las fronteras de un poder cada vez más sutil y más ligado a la misma concepción del ser humano, de modo que la libertad ya tan sólo se podía imaginar como una experiencia previa al poder o como una experiencia carente de correlación y que el autor dejaba sugerirse de modo constante, por sí sola y muy hermosamente. La libertad era un sueño que se podía completar cuando ya no restara nada que desmembrar y exponer a la luz del análisis. Al tiempo que Foucault explicaba los mecanismos del poder veíamos cómo se dibujaba, poco a poco, un sin gente, un sin nombre, un sin rostro<sup>11</sup>. Sin embargo, a partir de *La voluntad de saber* empezamos a percibir la libertad ya de manera distinta, menos como una lucha por conseguir desmontarnos como *sujeto*<sup>12</sup>, menos como la perpetración de un olvido profundo y que fuera previo a otra cosa distinta al nombre, y más como una relación continua de fuerzas. Poder y libertad son nociones que ahora tienden a jugarse en un mismo plano. Si en un primer momento el poder se aloja en los cuerpos por vía de las técnicas disciplinarias, a continuación vemos que no siempre permanecerá con efectos perfectamente tasados, puesto que, si bien las disciplinas, en efecto, instituyen verdad y animan lo humano en relación a criterios de utilidad, en último término las disciplinas también son desencierro y tránsito. El sujeto ha sido instruido en la salud, en la habilidad, le han sido aplicadas nuevas fuerzas y direcciones, y se puede decir que incluso se ha hecho portador y transmisor del sistema de poder, pero ahora también sabemos que el sujeto puede establecer una relación consigo mismo, al margen de las instituciones disciplinarias. Sabemos que el sujeto puede dirigir esas nuevas fuerzas adquiridas a instaurar una verdad que le resulte conveniente en relación a otras fuerzas que sobre él inciden.

Gilles Deleuze, en el año 1986, publica el libro *Foucault*, donde se estudia esta modificación de línea o esta nueva perspectiva del pensamiento foucaultiano. Se trata de una obra que ha servido de extraordinaria ayuda para la comprensión del trabajo emprendido por Foucault a partir de *La voluntad de saber* y cuyos resultados más notables se encontraron en los cursos dictados en el *Collège de France*, publicados sólo a partir del año 1997<sup>13</sup>. Pues bien, en principio llama la atención que, a lo largo de su explicación, Deleuze opte por aludir

---

es y acepta limitarse a ello, sino que 'se complace' en sí mismo." *Ibidem*, pág. 66.

11 "[...] Se escribe también para dejar de tener rostro. [...] No ser, en lo que a la vida se refiere, más que ese garbato a la vez muerto y hablador que se ha depositado en el papel blanco, eso es lo que uno sueña cuando escribe." FOUCAULT, M., *Un peligro que seduce*, Cuatro, Valladolid, 2012, pág. 73.

12 De hecho, el concepto de sujeto se empieza a hacer "aceptable" en el pensamiento foucaultiano.

13 Ya hemos dicho que, más allá de los límites de las instituciones disciplinarias, los efectos del poder no están cerrados, no se hallan completamente determinados. Y, así, mientras que las instituciones disciplinarias exigen un número concreto y no muy elevado de individuos dentro de un espacio delimitado, ya adelantamos que ahora se puede observar que el poder también aspira a "gestionar y controlar la vida en una multiplicidad cualquiera, a condición de que la multiplicidad sea numerosa (población) y el espacio extenso o abierto. Ahí es donde 'hacer probable' adquiere todo su sentido entre las categorías de poder y donde se introducen los métodos probabilísticos. En resumen, en las sociedades modernas las dos funciones puras serán la 'anatomopolítica' y la 'biopolítica', y las dos materias puras, un cuerpo cualquiera y una población cualquiera". DELEUZE, G., *Foucault*, Paidós, L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona), 2010, pág. 101.

en varias ocasiones a un libro que Foucault publica muy pronto, en el año 1966, y que trata sobre la relación entre el pensamiento y el lenguaje puro y desapegado, aquel que es más propio de la literatura moderna<sup>14</sup>. Se trata de *El pensamiento del afuera*, un libro donde sí podemos detectar muy bien aquello en lo que consiste esa primera libertad a la que sentimos que apunta gran parte del trabajo previo a la *La voluntad de saber* (1976). Así, señala Foucault que la literatura, como empleo del lenguaje en su ser bruto, en su ser límite, consigue evadirse de los mecanismos del discurso y que, desprendida de cualquier intimidad central y secreta, se dirige hacia el Afuera, un espacio donde todo aquello que se dice ya se niega automáticamente<sup>15</sup>. Foucault muestra el Afuera como intersticio o como reflejo del mundo, donde no existe afirmación ni argumento que remita a ninguna certidumbre interior<sup>16</sup>. Por medio del lenguaje que se eleva hasta esa exterioridad incalificable vemos desintegrarse la conciencia de sí y la identidad, vemos desintegrarse el sujeto, aquello que cierta filosofía siempre había creído originario y autosuficiente<sup>17</sup>.

Pero, dicho lo anterior, ¿en qué modo puede resultar útil aludir al pensamiento del Afuera, a ese lugar que no tiene lugar, si de lo que ahora se trata es de descifrar una libertad que se despliega en el mismo plano donde se halla el poder? Ya hemos dicho que, a partir de cierto momento, Foucault empezó a pensar las relaciones de poder como una colisión de cuyos efectos no siempre se va a extraer un sentido inequívoco. En primer lugar, se puede decir que el poder progresa y se consolida hasta que incluso logra comunicarse a través de todo y devenir en circulante, pero, a continuación, también se puede aprender a ver ese poder, múltiple y desigual, como causa y consecuencia de las relaciones de fuerza. Lo físico, en realidad, vendría constituido por las relaciones de fuerza, mientras que el poder, aun teniendo una presencia constante, ya tan sólo se podría decir que surge como acontecimiento. Así, el poder que hemos visto manifestarse por medio de las disciplinas, ese poder magnífico que se adentra en los cuerpos para atarlos a un sentido de lo útil y de lo eficiente, es algo que sucede en un campo de fuerza, y la creación de una economía o una gobernabilidad de los cuerpos no es otra cosa sino un pliegue de la fuerza, crear la posibilidad de que la fuerza se afecte a sí misma y se generen así nuevos efectos. Pues bien, Deleuze sostiene que, si nos hallamos en un campo de fuerza que se manifiesta a través de todo, las fuerzas, que siempre están en relación con otras fuerzas, se remiten necesariamente a un espacio que es irreductible y que está desprovisto de forma. Aquí es donde Deleuze

14 Foucault reconoce en distintos momentos la influencia decisiva que sobre él ejercieron escritores como Blanchot, Klossowski o Artaud. Así, véase FOUCAULT, M., *Obras esenciales. Vol. 2. Estrategias de poder*, Paidós, Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona), 1999, pág. 152.

15 "No es únicamente saltarse la ley para afrontar la muerte, como tampoco abandonar el mundo ni el olvido de la apariencia, es sentir de repente crecer en uno mismo un desierto, al otro extremo del cual espeja un lenguaje sin sujeto asignable, una ley sin dios, un pronombre personal sin persona, un rostro sin expresión y sin ojos, otro que es el mismo." FOUCAULT, M., *El pensamiento del afuera*, Pre-textos, Paterna (Valencia), 1997, pág. 64.

16 No se trataría tanto de una negación generalizada como, más bien, de una afirmación que no afirma nada, de una afirmación no positiva. FOUCAULT, M., *Obras esenciales. Vol. 1. Entre filosofía y literatura*, Paidós, Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona), 1999, pág. 168.

17 FOUCAULT, M., *Obras esenciales. Vol. 3. Estética, ética y hermenéutica*, Paidós, Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona), 1999, pág. 169.

retoma el sentido del Afuera, ese vacío en el que se recoge la fuerza. La constitución de una interioridad, la constitución del sujeto, es una línea de fuerza que se pliega pero que nunca deja de remitirse hacia esa distancia inabarcable que representa el Afuera<sup>18</sup>.

En el análisis que a continuación llevaremos a cabo sobre el estadio último y más desarrollado del sistema disciplinario también se optará por introducir la perspectiva del Afuera, y se hará no tanto para prevenir sobre el hecho de que toda interioridad es aparente frente a la única verdad de una exterioridad constitutiva<sup>19</sup>, ni tampoco para intentar explorar nuevas posibilidades de solución al enfrentamiento entre poder y libertad, o poder y vida<sup>20</sup>. Al menos éstas no son las cuestiones a las que consideramos que nos tenemos que referir de forma primera y esencial. Pondremos el énfasis de nuestra siguiente búsqueda, más bien, en entablar una relación neutra con el poder, en no intentar buscar lo que el poder sería *per se*, sino poner una distancia de olvido que nos permita ver surgir el poder en la línea del Afuera<sup>21</sup>. Ser capaces de ver, por tanto, que el poder, si se mueve, si evoluciona, lo hace de todos modos como parte de un campo de fuerzas. Ser capaces de ver que la continuación del poder, que el encadenado de sus saltos, deja de afirmarse como violencia sin más, y que incluso la libertad, igualmente olvidada, consiste en algo a lo que puede que ya estuviésemos destinados.

Proponemos los siguientes dos pasos. En primer lugar, enfrentar la fase más perfecta del sistema disciplinario a partir de una nueva explicación del panóptico, esta vez en relación con las ciencias e incluso también con la misma realidad, percibida como primordial y soberana. Veremos que el panóptico constituye un esquema omnicomprendivo de aquello que sirve de modo básico a todo el sistema disciplinario, una auténtica clave tecnológica por medio de la cual las disciplinas finalmente alcanzan a convertirse en líquidas y circulantes, más allá de las instituciones que las crearon.

En segundo lugar, nos dedicaremos a buscar la condición que posibilitó el cambio de interés en Foucault. Una vez que las disciplinas se convierten en sustrato común del ser humano, Foucault necesita alejarse de un concepto unívoco de poder, generalmente asumido como contrapuesto al concepto de libertad. Ese alejamiento lo explicaremos por medio de la descripción de un plano muy elemental de fuerzas, allí donde la historia y las relaciones de poder se alcancen a percibir de la forma más distante y neutra posible. Desde el momento en que seamos capaces de hacer pasar la historia a través de ese plano de "física social", veremos aparecer nuevas posibilidades de interpretación. Y, de hecho, al final del trabajo podremos ver que la relación entre "poder" y "libertad" se empieza a definir o a perfilar, cada vez más, como un enfrentamiento en el que ambos se sostienen y se mezclan. Por último, podremos ver surgir un nuevo poder, distinto del que hemos visto manifestarse por medio de las disciplinas, y que tiene por objeto gestionar aquello de lo que en realidad se alimenta: la libertad. Foucault centra el liberalismo como nuevo interés.

---

18 DELEUZE, G., *Foucault*, cit., págs. 115 y 154.

19 *Ibidem*, pág. 70.

20 *Ibidem*, págs. 122 y 125, o también en DELEUZE, G., *Conversaciones, 1972-1990*, Pre-textos, Paterna (Valencia), 2006, pág. 159.

21 FOUCAULT, M., *Obras esenciales. Vol. 1. Entre filosofía y literatura*, cit., pág. 390.

El objeto de este estudio, es decir, explicar el cambio de inquietud y de perspectiva en el pensamiento foucaultiano, cobra interés en el marco de las ciencias jurídicas cuando de lo que se trata es del pensamiento de quien ha dotado de instrumentos fundamentales con los que analizar las formas por las que el poder se ha venido ejerciendo a lo largo de los dos últimos siglos, representando la ley un papel fundamental entre esas formas.

## II. CONFESIÓN Y PANÓPTICO

Foucault, a lo largo de una parte sustancial de su obra, analiza cómo el poder, en su evolución desde el siglo XVIII hasta hoy, alcanza a imponerse de un modo cada vez más eficiente por medio del recurso de determinado tipo de esquemas. Se trata de diseños y ya nuevos estados consolidados que, si bien sólo pudieron ser el resultado de procesos complejos de la producción humana -como de hecho son las ciencias médicas y las disciplinas-, lo cierto es que consiguen una gran ligereza para el conjunto del sistema, una menor sensación de presencia, a la vez que también un ejercicio del poder de efectos mucho más profundos. Se aspira, de este modo, a un ejercicio más aéreo o más higiénico del poder, con el que finalmente lograr efectos más intensos y duraderos. Pues bien, de entre el conjunto de esos esquemas, Foucault le concede una importancia clave, por su valor simbólico y de intercambio, a aquel dibujo que nos describe un tipo de sociedad donde nada escapa a una vigilancia total, exhaustiva, y donde la presencia del individuo que vigila es inverificable para los individuos vigilados. Este dibujo es el que representa el panóptico, un modelo de edificio-prisión en cuyo contorno en forma de círculo o de polígono regular se ubican, una tras otra, las celdas destinadas a los presos, y donde, asimismo, una torre central y opacada vigila sin reserva todo lo que ocurre dentro de aquéllas. Esta disposición del espacio le ofrece a la torre vigilante una visión completa de todo lo que ocurre en el edificio, ya que, desde el punto en que se alza, es posible alcanzar el resto de los puntos sumados<sup>22</sup>. Y sería de este modo, abriendo completamente la mirada vigilante, haciendo que ésta sea omnipresente, cómo con este esquema se conseguiría que la relación de poder funcionara de modo autónomo, independiente del ejercicio directo de la fuerza<sup>23</sup>. Vamos a verlo.

Los reclusos, primero sabiéndose observados de una manera cerrada, sin excepción posible de elusión, se adentran luego en un tiempo distinto donde la misma mirada vigilante ya constituiría, incluso, el nuevo tiempo donde los reclusos se hallarían ahora instalados. La vigilancia, poco a poco, deja de ser una relación entre vigilante y vigilado y empieza a incorporarse a la mecánica con que se respira, a convertirse en una rutina que no se piensa como algo distinto a lo humano, separado de éste. Así, la relación de vigilancia, que es una relación de sujeción, tiende a volverse anónima, a formar parte del ambiente. Todo ello gracias a un diagrama que centraliza el cuerpo, pero que lo intima únicamente por medio de una relación de tipo óptico, aquí donde la mirada que examina, jerarquiza y también adelanta un castigo encauzador -su sola posibilidad- se convierte en una idea inmutable, en el murmullo que se escucha desde que por primera vez se ingresa en la institución.

22 Este esquema de edificio lo presenta Jeremy Bentham en su obra *Panóptico* (1791).

23 FOUCAULT, M., *Vigilar y Castigar*, Siglo XXI, Madrid, 1984, 4ª ed., págs. 203 y ss.

Parece evidente que esta mirada vigilante la podemos pensar, en primer lugar, como un recurso coactivo o de amenaza con el que mantener alzadas las relaciones necesarias para imponer la disciplina. En este sentido, la mirada se entendería como una advertencia. Pero, en segundo lugar, pensemos que esta mirada debe ser igualmente concebida como una llamada o una solicitud. La prisión toma a su cargo la transformación del carácter de aquel individuo que transgrede las normas penales, y, para el cumplimiento de esta labor, se exige poder saberlo todo de ese individuo, poder desplegar su realidad con sus formas reconocibles de allí donde se sabe que mejor debe incidir el castigo con el que neutralizar el rasgo de personalidad considerado indeseable, aquello que, en definitiva, se debe saber cómo conocer y apresar para finalmente poder contrarrestar. Y, no obstante, no se trata aquí, exactamente, del acercamiento de las ciencias médicas y sociales -de psiquiatras, antropólogos o trabajadores sociales- al sujeto delincuente. Las ciencias no irrumpen en una biografía que fuera previa, sino que ésta, más bien, se construye a partir de las preguntas que los expertos formulan. La biografía es aquello que constituye una relevancia para el conocimiento que desde estas ciencias se aspira a producir. De modo que, cuando decimos que la transformación del penado exige poder saberlo todo de éste, lo debemos entender en el sentido de que ese "todo", sea lo que pueda llegar a ser, sólo corresponde decirse por boca de las ciencias y que, por tanto, ese "todo" debe estar siempre a disposición de las ciencias, que lo convertirán, por fin, en algo movible y pronunciable<sup>24</sup>. Ésta es la auténtica relación de vigilancia: disponibilidad del individuo y verdad del individuo en las ciencias.

Pues bien, esta advertencia y esta llamada es diferenciar y hacer reconocible la figura del sujeto delincuente, sujeto que, para las ciencias médicas y sociales -y, en concreto, para la gestión de la pena correctiva- también ha de cumplir con una función no en absoluto menor y que tiene que ver con la entrega de un vacío. El individuo es receptor de una nueva luz, con toda esa forma de preguntas y explicaciones en torno al carácter, la herencia, el instinto, y, sin embargo, insistimos en que esa luz, ese encendido del sujeto, se debe pensar no como un esclarecimiento o como un descubrimiento de aquello que se ha dado en llamar carácter, herencia o instinto y que siempre habría permanecido allí, en la historia del ser humano, oculto e innominado, sino como una concesión de la misma condición de sujeto. Al que infringe la norma penal se le hace legible como delincuente, y, para ello, también resulta fundamental que el infractor finalmente renuncie a ser un vacío, a no tener significado. Y el infractor, no obstante, ya no es que deba aprender a verse como delincuente, cuanto que de lo que se trataría, sobre todo, es de que el infractor directamente entregue las llaves de su nada, rindiéndose finalmente a la penetración del verbo. Se trataría aquí, por tanto, de una lucha dispuesta para la rendición del infractor y para que éste se haga disponible.

E igualmente el sujeto violento y patológico que aguarda en cada uno de nosotros. Ahora podemos decir que allí donde quiera que nuestra realidad pareciera haberse manifestado, allí donde quiera que pareciera que hubiésemos puesto nuestra mirada,

---

24 "No imaginarse que el mundo vuelve hacia nosotros una cara legible que no tendríamos más que descifrar; él no es cómplice de nuestro conocimiento; no hay providencia prediscursiva que lo disponga a nuestro favor. [...] Es necesario concebir el discurso como una violencia que se ejerce sobre las cosas, en todo caso como una práctica que les imponemos." FOUCAULT, M., *El orden del discurso*, Tusquets-Fábula, Barcelona, 2008, 4ª ed., pág. 53.

nuestros oídos, nuestras manos, allí, en realidad, ya nos hallaríamos desde siempre, allí ya nos hallaríamos, por tanto, desde antes de que incluso allí nos hubiésemos detenido. Y esa mirada que ahora nos observa desde la torre central es la realidad que nos aguarda desde siempre, que nos aguarda, por tanto, desde antes de que incluso hubiésemos estado disponibles. Así, el inconsciente, el instinto y sus explicaciones existen desde siempre. Y, en ocasiones, habremos podido llegar a pensar que, en efecto, esto sin duda sería así. Habremos podido llegar a pensar en lo verdadero, en lo objetivo, como aquello que, antes de ser conocido, siempre se habría mantenido verdadero y objetivo, pero eclipsado, oculto a nuestros ojos, aguardando a que finalmente pudiésemos ser capaces de articularlo, de convertirlo en palabra. Sin embargo, observamos que la verdad, en su puesta de manifiesto ante nuestros ojos, en su incorporación a lo humano, se corresponde, de un modo importante, antes que con una caída de los obstáculos, dilatada en el tiempo, más bien con un proceso histórico que transcurre entre los muros de las distintas instituciones panópticas -entre los muros de las prisiones, los seminarios, los colegios internos, los institutos de salud mental, etcétera-, que se empezaron a levantar sólo a partir de finales del siglo XVIII.

El diagrama que representa el panóptico, puesto en práctica, permite que, sin necesidad de intervenir de un modo directo, se alcance a mantener activa una relación de poder. Se consigue sustentar e intensificar el funcionamiento de unos mecanismos dispuestos para el examen, la diferenciación y la jerarquización, sin que se requiera la utilización de violencia alguna que, añadida, pudiera resultar resonante, expresiva de una fuerza individualizada, y, por tanto, ejerciéndose aquí el poder con una gran economía para el sistema, tanto en lo que a costes estrictamente económicos se refiere, como también de tipo político. Se trata de un esquema para la práctica de un poder que, como ya hemos dicho, se hace más ligero, más incisivo y también más automático. Más ligero, porque se trata de un esquema que captura los cuerpos, que consigue la reproducción de un mecanismo disciplinario, sólo a partir del mantenimiento continuo de una mirada vigilante<sup>25</sup>. Más incisivo y también más automático, porque esta misma invariabilidad de la mirada vigilante, que no tiene excepción espacial ni temporal, convierte el examen y el castigo ya nunca más en una anomalía, sino en *la* anomalía regular y monótona en la que ahora se hallará insertado el individuo. Se trata de una mirada con la que, en efecto, llevar el examen y el castigo, sin excepción, a todo el espacio y durante todo el tiempo; una mirada plena con la que, por tanto, abstraer la petición de saber, la formulación de preguntas, y abstraer igualmente el remedio con el que se aspira a capturar y neutralizar la raíz de lo imperfecto o de lo vicioso, para, por último, constituir la materia con la que se piensa. Observamos que la disciplina se hace líquida, circulante, e, incluso más que como teoría, diremos que alcanza a atravesar y depositarse finalmente en los cuerpos como percepción, como percepción de una realidad medible y pronunciable que, a partir de ahora, no hará otra cosa sino crecer cada vez más. De este modo, el cuerpo se halla alumbrado, la mirada vigilante se ha interiorizado y ya ésta podrá acompañar al individuo incluso más allá de los muros de la institución.

25 "El que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder." FOUCAULT, M., *Vigilar y Castigar*, cit., pág. 206.

Y esta interiorización de la mirada vigilante nos exige comentar aquí dos aspectos que ya se empiezan a sugerir. En primer lugar, hemos de señalar que las disciplinas tienden al desencierro. En efecto, Foucault, por medio de la figura del panóptico, en realidad nos acerca una explicación que no se detiene en los límites formales que definen el funcionamiento real, en el día a día, de una institución disciplinaria, sea la prisión, sea cualquier otra, porque en las propias disciplinas ya se hallaría inscrita una forma de relación cuya vocación no sería la de quedarse entre muros, sino la de ocupar el conjunto del espacio social<sup>26</sup>. Anteriormente, ya nos hemos referido a los procesos por los que el ser humano -tal y como hoy se conoce- se viene construyendo desde finales del siglo XVIII, a los procesos por los que el ser humano se ha aprendido a sí mismo violento y patológico, y que se hallan ligados de un modo muy fundamental al nacimiento de las ciencias médicas y a la figura de la confesión -figura que tan bien encajó en aquellas ciencias-. Pues bien, la mirada vigilante que proviene de la torre central, con su advertencia, pero, sobre todo aquí, con su llamada, con sus preguntas tan pertinentes sobre lo que se entiende que constituye la vida de un individuo cualquiera, previo y medible, y que se orientan a dibujar y exponer con la mayor riqueza posible la vida de cada uno de los individuos allí observados, sometidos a un proceso que busca su educación, su sanación, su encauzamiento, no es una mirada distinta a la de, por ejemplo, el mismo médico psiquiatra, el psicoanalista, el director de conciencia, o, incluso más, no es una mirada distinta a la de las mismas leyes de la ciencia, a la de la divinidad o, también, a la de la "vida auténtica", la "vida desalienada". Se trata de leyes consolidadas y cuya influencia sobre el conjunto del espacio social sería la influencia de lo que ya es objetivo, de lo que ya no se puede refutar. Ahora, tanto dentro de una prisión, de la consulta de un sexólogo, de la salita de un psicoanalista, como en cualquier otro lugar del espacio social, las preguntas formuladas por el "ser" ya estarán allí, reinantes desde siempre, desde incluso antes de que allí hubiese una boca para formularlas. Se trata de la inevitabilidad del "ser". En la entrada en esta nueva edad que le toca vivir a la especie, observamos que el sujeto en realidad se aprende a sí mismo -a mirarse, a cuidarse, a enfrentarse al mundo- por medio de estas preguntas que, en el aire, ya lo aguardan en su nacimiento y que, una vez que están siendo formuladas, ya le están diciendo quién de hecho es. La entrada en esta nueva edad que le toca vivir a la especie representa, en perspectiva, la búsqueda y el aprendizaje que los sujetos hacen de sí mismos, o, en otras palabras, la renuncia a vivir en lo indiferenciado, a ser un vacío, a ser un "no-ser".

En segundo lugar, podemos decir que el panóptico, si precisamente es un esquema cuya puesta en práctica no se limita al funcionamiento cerrado de una institución, ello se debe a que es un esquema para el que resulta básico que los sujetos participen activamente del mismo. El ejercicio de su fuerza es ligero al mismo tiempo que profundo ya no únicamente porque la mirada vigilante cae a pleno sobre los individuos, cubriéndolo todo, sino porque la mirada también tiene un armado, un transcurso, una gestión, que igualmente la hace

---

26 "Desencerrar las disciplinas [...]; una sociedad toda ella atravesada y penetrada por mecanismos disciplinarios. [...] Los mecanismos disciplinarios [...] tienen cierta tendencia a 'desinstitucionalizarse', a salir de las fortalezas cerradas en que funcionaban y a circular en estado 'libre.'" *Ibidem*, págs. 212 y 214.

susceptible de ser vigilada. Y, de hecho, si la mirada vigilante se alcanza a interiorizar, ello sólo se debe a que esta mirada es igualmente penetrable hasta el punto en que los sujetos alcanzan a manejarla como propia. Observamos cómo la mirada vigilante ya no se limita a la torre central, cómo se desprende de su fausto, y observamos cómo esta torre se ensancha hasta ocupar el conjunto del edificio y, finalmente, también el conjunto del cuerpo social. A partir de ahora, sólo una mirada, que será la del "ser", la de las ciencias, la de la diferencia entre la razón y el extravío, entre la salud y la enfermedad.

Foucault señala que el dispositivo disciplinario tiende a estar democráticamente controlado<sup>27</sup>. En efecto, las instituciones disciplinarias no se niegan a sí mismas, y es por ello que, desde éstas, no se hace por guardar ningún secreto al resto del conjunto social. E incluso ello es así hasta el punto de que todo aquel que lo estime necesario, además de vigilar al vigilante, esto es, además de poder comprobar por sí mismo cuál es el modo en que realmente funciona cualquiera de estas instituciones, y proceder, asimismo, a la inspección y evaluación de las disciplinas que allí se ponen en práctica, también podrá incorporarse a la misma tarea de vigilante. Así, a priori, nadie está excluido de poder llegar a participar de forma activa, profesionalmente, en cualquiera de las instituciones disciplinarias; nadie está excluido, por tanto, de poder llegar a prestar servicios como médico psiquiatra, como psicólogo, como trabajador social, como sujeto experto, en definitiva, cuya opinión se privilegia.

Sin embargo, participar activamente de un sistema disciplinario que tiende al desencierro parece que ya ni siquiera podemos decir que únicamente consista en formar parte de esa mirada vigilante a la que nos referimos de continuo y que ahora nos hace pensar en una institución amurallada, en su ciencia que la justifica y en el esquema básico por el que se consigue que toda una gran petición de saber transite sin reserva a lo largo del espacio. Es cierto que, sea porque el sistema que produce vigilancia se puede vigilar en todo, sea por la sola posibilidad de que incluso cualquier individuo termine finalmente ejerciendo la profesión de vigilante, y en cualquiera de sus modalidades, ya encontramos la señal indicativa de que esa mirada vigilante en efecto sí se puede recorrer y tomar a cargo. No obstante, saber en qué consiste participar activamente de un sistema disciplinario que tiende al desencierro antes exige atravesar una paradoja que descubrimos llena de sentido y que consiste en la pérdida, por necesidad, de una consciencia. Así, vemos que la mirada vigilante se tiene que poder recorrer si finalmente ha de interiorizarse, pero entendamos que, asimismo, se ha de perder en lo máximo posible cualquier noción sobre esa mirada vigilante que, siendo extraña, ya se hubiera asumido como propia. Al "no-ser", al vacío anónimo que el individuo se ha visto obligado a entregar, observamos que ahora le sucede el "ser" que nos acerca la ciencia; el convencimiento de aquello que se anuncia como lo que de hecho siempre fue -nuestro sexo, nuestra naturaleza problemática- y que lo es todo en nosotros. Y observemos, no obstante, que el "ser" igualmente ya carece de oposición. Una vez que se instaura ya no reconoce contrarios, y su ejercicio, por tanto, ya no es el del juego entre posiciones activas y pasivas -el "no-ser", de hecho, ni siquiera fue-. Su ejercicio, su movimiento, es cierto que contiene

---

27 *Ibidem*, pág. 210.

divisiones y contrarios, pero no es un ejercicio del "ser" ante un opuesto; se trata de un signo muy distinto de aquel que requiere de un opuesto para existir. Digamos que el "ser" se basta, se afirma por sí mismo, sin que se halle en la obligación de hacer llegar negación alguna más allá de lo que ya en sí mismo es. He aquí la paradoja de que formar parte activa de un sistema disciplinario que tiende al desencierro representa, ante todo, el nacimiento a una nueva inconsciencia; es deshacerse del conocimiento de posiciones activas y pasivas, propio de quien se ejercitara en un "ser" al que todavía le restara por anexionarse algo que le fuera ajeno. La ciencia ya lo es todo y ya nada tiene que negar. A partir de ahora, ejercitarse en el "ser", formar parte activa de la sociedad disciplinaria, aunque sí pueda exigir el aprendizaje de aquello que antes se ignoraba, o la diferenciación de aquello que antes se ignoraba que fuese susceptible de ser diferenciado, consistirá, ante todo, en perderse de cualquier consideración en contra de lo que la ciencia y la razón dictan. Y, por tanto, aquí ni siquiera se podrá decir que la locura, que lo atávico o que el origen oscuro forman parte de un orden extraño a la inercia del "ser", porque la fuerza de lo razonable se asume como algo ni siquiera exclusivamente humano, sino como un todo al que hoy se enfrenta nuestra experiencia y que aspiramos a poder explicar. Así, participar activamente de un sistema disciplinario que tiende al desencierro es la verdad sin diferencia, es la verdad que, al margen de que seamos capaces de señalar unas instituciones destinadas al encauzamiento, vive indiferenciada en todo. Comprobamos, de este modo, que aquel "no-ser" anónimo e indiferenciado al que nos hemos referido con anterioridad no constituye en realidad el descarte que fuera previo a una nueva sucesión que, al contrario de aquello que se dejara atrás, tendiera a una diferencia ordenada, distinta. De hecho, el "ser", en cuanto unificación de sustancia y carente de opuesto, reina igualmente anónimo e indiferenciado, expresándose a través de todo, y, sin duda, también a través de nuestras soledades. Dicho de otro modo: el "ser", esa verdad indiferenciada que está en todo y que nos habla de la diferencia entre razón y extravío, es el murmullo que se escucha desde que por primera vez se *ingresa* en el mundo. Aquí es donde hallamos la auténtica clave para unas disciplinas que tienden a circular libres<sup>28</sup>.

El valor de intercambio que la figura del panóptico toma en la explicación de Foucault observamos que alcanza para ya no referirnos sólo a un campo de visualidad entre muros, sino también a la irrupción en la misma realidad. A partir de ahora, la mirada vigilante es la que se origina desde la realidad toda y, por ende, desde los términos de realidad en los que cada *sujeto* igualmente piensa. Esto quizás pudiésemos seguir diciendo que constituye una idéntica petición de saber y, de hecho, un interrogatorio incluso mucho más perfecto, cuanto

---

28 Como excusa para reflexionar e intentar luego un punto de apoyo a nuestra explicación, recurrimos a leer seguidamente sobre lo que Erich Fromm denomina "autoridad anónima": "Pareciera como si ni las autoridades externas ni las internas ejercieran ya funciones de algún significado en la vida del individuo. [...] Pero lo que hallamos en realidad es que la autoridad, más que haber desaparecido, se ha hecho invisible. En lugar de la autoridad manifiesta, lo que reina es la autoridad 'anónima'. Se disfraza de sentido común, ciencia, salud psíquica, normalidad, opinión pública. No pide otra cosa que lo que parece evidente por sí mismo. Parece no valerse de ninguna presión y sí tan sólo de una blanda persuasión" [FROMM, E., *El miedo a la libertad*, Paidós, Montcada i Reixac (Barcelona), 2005, pág. 168]. Y quizás llegaríamos a coincidir con estas palabras de Fromm, salvo porque en absoluto se trata aquí de un disfraz. Más bien, y como ya hemos visto, poder y saber son una misma cara de la moneda. Así, la "autoridad" no es otra cosa sino el mismo "sentido común", la "ciencia", y, por tanto, no existe solapamiento entre ellas.

que ahora es cada sujeto quien de modo voluntario gestionaría una parte fundamental de esa petición. Y, en efecto, ahora pareciera que cada sujeto fuera su propio confesor y su propio experto capaz de señalar cuándo existiría un desvío de la conducta y qué recurso se presentaría asimismo como el más adecuado para la enmienda o para la reversión de ese estado, sea porque un estímulo desde la culpa así lo demandara, sea también porque se lograra una opción que, sopesada, se inclinara por un tipo de ejercicio –el más indicado– de cualquier otro recurso de efectos en verdad "medicinales". Y esto, repetimos, quizás pudiésemos seguir diciendo que es participar activamente de un sistema disciplinario que, en su crecimiento, ya se hubiese hecho casi perfecto, porque ya se hubiese hecho cultura y humanidad misma. De este modo, cada individuo, en adelante, ya sería portador y reproductor del sistema. Y, no obstante, sosteniendo que esto en realidad fuese así, ¿a través de qué recurso argumental podríamos seguir hablando aquí de la coacción inherente a toda disciplina, si el ser humano, tal y como hoy se conoce, surge gracias y para sus disciplinas? ¿A través de qué recurso argumental podríamos seguir hablando aquí de la coacción inherente a toda disciplina, sin recurrir a un empleo bastardo del lenguaje? Puesto que, de momento, no encontramos tal recurso, intentemos dibujar algo así como una advertencia o una dificultad.

### III. HACIA EL AFUERA

Hemos comentado que el sistema disciplinario, cuyo nacimiento a finales del siglo XVIII es insoluble, entre otras instituciones, del seminario, del colegio interno, del manicomio o de la prisión, forja aquello en lo que ciertamente consiste ya la misma enunciación de la experiencia humana. Y, así, vemos que, hasta hoy, el cuerpo humano ha sido sucesivamente alumbrado con su instinto, su sexo, su inconsciente, y que éstos constituyen campos de intervención científica y político-disciplinaria respecto a los cuales, y como resultará claro, cada sujeto igualmente termina midiéndose y pensándose. El ser humano deviene problemático e interpretable y, a partir de ese momento, cada sujeto ya tan sólo podrá acceder a su propia verdad a través de las constantes preguntas que se ciernen en torno a la conducta. Y pensemos en el hecho de que las disciplinas siempre son un proyecto para llegar a ser. Existe siempre algo de inalcanzable, porque siempre es un hacerse constantemente, hora a hora, en la razón, en la habilidad, en el cumplimiento de lo que uno mismo en el fondo es y que, con dedicación, quizás finalmente se llegue a realizar, y que, asimismo, además de unas aptitudes y unas fuerzas potenciales, también es la liberación, el nacimiento a la "verdad completa", a la "vida auténtica". Y es por ello que todo sujeto toma responsabilidad propia en su proyecto de sujeto disciplinado, que será el sujeto instruido, formado en las leyes, con la habilidad que se requiere para una buena adaptación a una sociedad determinada. Así, quizás pudiésemos pensar en un sujeto que decidiese darle la espalda a una coacción sin más, evadirse de la misma, pero ¿podríamos acaso pensar en un sujeto que decidiese darse la espalda a sí mismo?<sup>29</sup>

29 Estar con la verdad, en contra de la verdad. Se trata de una fórmula en apariencia paradójica con la que algunos pensadores se han decidido a enfrentar ciertas realidades últimas. "Ser libre es emanciparse de la búsqueda de un

Lo humano es algo que sólo puede ser decible. El verdadero nombre sólo puede ser aquello en realidad nombrable<sup>30</sup>. Y en esta *violencia* intrínseca al verbo, que se pone en práctica por la vía de todas esas ciencias a las que nos hemos venido refiriendo, es cómo el ser humano es afirmado, y ya no porque sólo se diga lo que el ser humano es, sino porque se predispone una búsqueda para que cada sujeto pueda luchar por alcanzar a decirse, a saberse y, con ello, a ser quien realmente es. La disciplina con la que se golpea el vacío del ser humano al grito de "¡habla!" funda una excusa, otorga la posibilidad de acceder a la "vida auténtica", y el ser humano, en lo venidero, ya jamás querrá renunciar a su nueva condición de *hacerse*, de *lograrse* a sí mismo como "vida auténtica". Así, vemos aquí que esa violencia intrínseca al verbo también ha venido a instaurar algo así como una facultad que ya se haría muy propia de lo humano y que, por tanto, ya tendría que ver con lo que se entendiera como consustancial a lo humano o, incluso, con lo que diríamos que representa su misma viabilidad. Cada sujeto debe alcanzar a saberse y a realizarse en su *libertad*, a saber en qué consiste su naturaleza y en cómo debe armarse de los instrumentos con los que forzar y maximizar esa naturaleza hasta crear los márgenes suficientes desde los que hacer crecer su presencia, su entidad como ser libre. La realización, el despliegue de las facultades, pasa por las disciplinas. Éstas constituyen los medios auténticos por los que un sujeto consigue hacerse fuerte, hábil, adaptable, y los medios por los que, en definitiva, se puede hacer convocar las energías de lo humano que, sí, residen en ese sujeto, si bien todavía de un modo latente, a oscuras, a la espera de un poder *llegar a ser*. Y es cierto que hemos empleado la palabra "violencia". No obstante, señalemos aquí nuevamente sobre la dificultad de fijar líneas y términos inconvencionales y no-contradictorios en este esfuerzo por una explicación de verdad a cerca de la "verdad", y donde la palabra "violencia" no vemos que fuera remota de la palabra "libertad", que también hemos citado aquí. Así, en efecto, es muy cierto que podemos decir que las disciplinas sí perfilan, sí oprimen y fuerzan la materia humana por medio de un complejo diagrama que hace ver y hace hablar, que toma la realidad a su cargo hasta constituir el mismo "se ve" y el mismo "se habla" -ese murmullo anónimo de todos los días-, y que, por ende, introduce todas las nociones sobre el sujeto completo y útil, esto es: productor, y finalmente productor de bienes, aunque no únicamente, puesto que igualmente productor deseoso, muy protagonista, de su propia experiencia y de lo que incluso va más allá de ésta, así pues, también reproductor del mismo sistema disciplinario. Sin embargo, pensemos que el sistema disciplinario no remite, de modo primario, a los meros funcionamientos de las instituciones concretas, a sus regímenes de entremuros, a los tiempos y las formas con que allí se envuelve la conducta de los individuos. Porque, de hecho, en el fondo de cada disciplina entramada siempre se alcanza a distinguir

---

destino, es renunciar a ser tanto uno de los elegidos como uno de los réprobos; ser libre es ejercitarse en no ser nada." CIORAN, E. M., *La caída en el tiempo*, Tusquets-Fábula, Barcelona, 2003, pág. 96.

30 Lo contrario de reconocer verdad en aquello que únicamente es decible, sería algo así como estar con el nombre, en contra del nombre. En las filosofías orientales podemos llegar a encontrar ese tipo de pensamiento sutil que, plasmado, tiene sentido sólo porque incluso puede ir en contra de sí mismo. "El nombre que puede ser nombrado no es el verdadero nombre." LAO-TSÉ, *Tao te king*, Sirio, Málaga, 1989, pág. 47.

el esbozo de algo que empezara a tomar la forma de un principio o de algún tipo de realidad que, por sí misma, tuviera un valor propio, irreductible, que fuera independiente de esa disciplina concreta, ya formalizada. En el fondo de cada disciplina, hallamos un principio que es clave de la función móvil y flexible propia del sistema disciplinario y al que le podemos poner muy distintos nombres: último valor, última frontera, último prejuicio, receptor opaco de cualquier duda. Maneras todas ellas más o menos imprecisas de referirnos a esa especie de "a pesar de todo" que representa la misma existencia del ser humano, del ser humano que, no obstante, ya es algo desemejante al producido por los mecanismos disciplinarios. Estamos hablando de un ser humano al que se mira, pero que igualmente permanece distante; un ser humano cuya libertad puede representar tanto la libertad, la "plenitud", que desde las disciplinas se produce como también la libertad que reside en la oposición a cualquiera de esas disciplinas. Es un ser humano con el que nos identificamos, y, si sentimos que debe ser algo muy parecido a lo que en verdad somos, sólo se debe a que precisamente de todo se halla alejado, en el límite extremo de un Afuera. Es el horizonte de lo humano, su conjunto y todo lo que en él es inmanente, y que, como decimos, es algo más que el producto de las disciplinas<sup>31</sup>.

Introducimos aquí la idea de un ser humano que ya no debemos pensar tanto como algo que fuera ciertamente concreto, medido, o como el signo que al menos ya prefigurara un resultado, sino, más bien, como un estado de fuerza pura que, junto con el resto de fuerzas, se halla participando del Afuera, allí donde ya no podremos hablar directamente de disciplinas y donde, asimismo, ya no tendremos que preocuparnos de asignar posiciones activas y pasivas<sup>32</sup>. El Afuera abarca -penetra- los mundos internos y externos, y allí, por tanto, las fuerzas ya no se puede decir que se hieran o se violenten, venciendo y destruyéndose las unas a las otras. Las fuerzas, de hecho, se *afectan* entre ellas, se apoyan, y de ello van a resultar fuerzas modificadas que, o bien pudieran tener distinta intensidad, o bien quizás tuvieran finalmente una forma distinta de manifestarse y de incidir, a su vez, sobre otras fuerzas<sup>33</sup>. Observamos que el Afuera constituye un campo físico muy elemental donde las fuerzas que allí actúan ya son otra cosa que las mismas consideraciones que, a priori y de modo frecuente, empleamos respecto a las formas "hombre", "poder" o "técnicas

31 "Este pensamiento que se mantiene fuera de toda subjetividad para hacer surgir como del exterior sus límites, enunciar su fin, hacer brillar su dispersión y no obtener más que su irrefutable ausencia, y que al mismo tiempo se mantiene en el umbral de toda positividad, no tanto para extraer su fundamento o su justificación, cuanto para encontrar el espacio en que se despliega, el vacío que le sirve de lugar, la distancia en que se constituye y en la que se esfuman, desde el momento en que es objeto de la mirada, sus certidumbres inmediatas; este pensamiento, con relación a la interioridad de nuestra reflexión filosófica y con relación a la positividad de nuestro saber, constituye lo que podríamos llamar en una palabra 'el pensamiento del afuera.'" FOUCAULT, M., *El pensamiento del afuera*, cit., pág. 16.

32 Al igual que sucede con el concepto de sujeto, en el pensamiento foucaultiano se amplía y se hace menos problemático el concepto de hombre o de ser humano; ello se verá en el uso que, en adelante, llevaremos a cabo de este concepto.

33 "El saber está hecho de esos dos medios, luz y lenguaje, ver y hablar. Pero el afuera concierne a la fuerza: si la fuerza siempre está en relación con otras fuerzas, las fuerzas remiten necesariamente a un afuera irreductible, que ya ni siquiera tiene formas, que está hecho de distancias indescomponibles gracias a las cuales una fuerza actúa sobre otra u otra actúa sobre ella." DELEUZE, G., *Foucault*, cit., pág. 115.

de dominación", todas ellas fuerzas o compuestos de fuerzas que en un momento dado devienen en acontecimiento y en nombre. Y quizás fuera, en el traslado a este campo, donde nuestro pensamiento pudiera alcanzar precisa y finalmente una desdramatización o un giro que nos permitiera mejor teorizar sobre en qué consiste con certeza el hombre que nace a finales del siglo XVIII. Y advertimos de que no se trata aquí de renunciar o de aminorar nuestra pasión por la verdad. Al contrario; puesto que deseamos adquirir el pulso de la verdad, tal vez nuestra pasión debiera hacerse dúctil, lejana, esquiva, como cualquiera de esas fuerzas que intentamos comprender.

¿Qué puede existir bajo las formas "hombre", "poder" o "técnicas de dominación" y que, al tiempo, se halle igualmente fuera de estas formas? Hemos hablado del saber como producción de verdad a través del desempeño de toda una serie de prácticas destinadas a problematizar, a desligar realidad, a hacer que ésta aflore visible y decible, y hemos hablado del poder como esa voluntad que, ya siendo un mismo alimento con el saber, ya siendo una misma voluntad con éste, moviliza los materiales de realidad y los pone a funcionar en un proyecto de uso de los cuerpos. No obstante, ¿y si deseáramos pronunciar esto mismo desde el Afuera, desde allí donde las narrativas se descomponen y donde el "ser anónimo" ya tan sólo le corresponde a las mismas fuerzas que se buscan y se llaman, mucho más allá y mucho más acá de las formas "hombre", "poder" o "técnicas de dominación"<sup>34</sup>? Quizás una de las muchas maneras que habría de pronunciarlo sería diciendo que el ejercicio del poder o que el disciplinamiento de los individuos no son manifestaciones que, en el Afuera, tengan mayor relevancia que cualquier otra, cuanto de lo que en realidad allí se trata es de una física cuyas leyes no son la de una historia de la sujeción, la de una historia acerca de cómo se ha usurpado la vida por medio de hacerla un "visible" y un "decible". De este modo, el ejercicio del poder, el disciplinamiento de los individuos, ya no es que no sólo sean mera violencia o mera represión, tal y como ya hemos adelantado más arriba, sino que en este caso simplemente podrían ser unos elementos de fuerza más que, del encuentro con otras fuerzas, transfieren una parte de sí, se dan en efecto sobre esas fuerzas, transformándolas, incitándolas o quizás también limitando su propia incidencia. Y, asimismo, la resistencia que, a su vez, estas fuerzas por sí mismas oponen puede llegar a encontrar apoyo en la influencia que aquellas otras les estuvieran generando.

Pues bien, en primer lugar y como ya hemos visto, si las disciplinas consiguen establecerse con éxito, ello se debe fundamentalmente a que determinan verdad y a que esto las lleva a ocupar el conjunto del espacio social, a circular independientes más allá de las propias instituciones donde nacen. No obstante, esa fijación de la verdad -que hace que las disciplinas se realicen en la unión, en la integración, prolongándose a lo largo de toda la sociedad-, puesto que, además de ejercicio histórico del poder, también la sabemos como parte de las fuerzas del Afuera, ya no podemos pensarla como simple violencia, como la forja de un nuevo hombre cuyas nuevas capacidades y "libertad" otorgadas son las que al poder conviene, sino que ahora también la podemos pensar como incitación. El poder histórico se

---

34 "La presencia real, absolutamente lejana, centelleante, invisible, la suerte necesaria, la ley inevitable, el vigor tranquilo, infinito, medido de ese pensamiento." FOUCAULT, M., *El pensamiento del afuera*, cit., pág. 22.

consigue hacer llegar por medio de las disciplinas gracias a que, además de violencia que fija verdad, que hiere con su verdad, en busca de lo que resulta útil para sus propios fines, el poder, desde el punto de vista del Afuera, también es comunicación de fuerza en relación con otras fuerzas. De este modo, pensemos en los individuos sometidos a disciplina como fuerzas sin más, no-dramáticas, no-partidistas, sobre las que incide esa otra gran fuerza que, antes que poseída por alguien, es, más bien, ejercicio en sí mismo, y que, igualmente, a partir del encuentro producido, también mueve los efectos propios de aquello que incita, que estimula. Y, por otro lado, también repetimos que los individuos afectados por el embate de esta fuerza, incitados, removidos, son fuerzas que, del mismo modo, tienen entidad propia, que presentan su oposición propia, su resistencia, y que, incluso, también pueden llegar a presentar una resistencia incitada, alimentada por esa primera fuerza que las intimó. Así, observamos que esa fuerza incide positivamente, con efectos reales, dejando una influencia sobre las otras fuerzas, y que éstas, a su vez, porque son fuerzas, porque nunca dejan de estar activas, conservan una resistencia que es propia, exclusiva de ellas, y que, no obstante, tampoco deja de apoyarse en lo que en realidad las fuerzas son: pura colisión, enfrentamiento. Las fuerzas -su magnitud, su resistencia- son incitación, incitación movida por el efecto que otras fuerzas traen, e incitación que, a su vez, se hace valer incluso en la resistencia que a estas mismas fuerzas incitantes se opone. Así, en el plano histórico observamos cómo el poder disciplinario recorre los cuerpos de aquellos que son dominados y cómo el poder, de hecho, también se apoya sobre estos cuerpos para conseguir una más perfecta duración del ejercicio de ese dominio. En este sentido, el poder disciplinario incita y estimula fuerzas de las que, al mismo tiempo, se sirve. Sin embargo, en el plano del Afuera también observamos que, a pesar de que las fuerzas colisionadas son, sin duda, afectadas en su dirección, en su sentido o en el modo en que luego se aplican, al final siempre conservan, no obstante, una entidad que es propia e indestructible, y que es lo que finalmente es incitado. De este modo, esa entidad propia, esa fuerza que, sin ser destruida por la relación de fuerzas, es incitada, ya también constituye, por sí misma, una oposición. Y, de hecho, pensemos que en el campo histórico todo cuerpo sometido al poder disciplinario ya es una oposición, y que, en su lucha, el cuerpo incluso se llega a apoyar en la influencia que el poder ejerce sobre él<sup>35</sup>.

En segundo lugar, debemos recordar lo que Foucault considera el principio constante en la evolución del poder, lo que de un modo general determina la necesidad de sus distintas etapas, y que, en realidad, parece que no fuera otra cosa distinta que la misma historia del ser humano. Porque el poder siempre debe aspirar a tomar nombres distintos al suyo. Así es cómo el poder, al tiempo que ocupa todo el espacio, debe hacer que la sensación de su presencia disminuya hasta el punto en que se termine asociando con algo muy distinto a aquello en lo que realmente consiste, o, mejor, con algo distinto a aquello con lo que hasta hoy se lo había venido relacionando. El poder ya no crece con la violencia y ya no es exactamente "miedo" lo que por lo general causa, y, no obstante, ya hemos dicho que tampoco el poder ya porta

35 "La vida, el trabajo, el lenguaje surgen en primer lugar como fuerzas finitas exteriores al hombre, que le imponen una historia que no es la suya. Sólo en un segundo momento el hombre se apropia de esa historia, convierte su propia finitud en un fundamento." DELEUZE, G., *Foucault*, cit., pág. 118.

el nombre con el que lo veníamos identificando. Ya no es "poder". Así, si el poder, para su pervivencia, para su perfección, se requiere a sí mismo menos expresivo, menos acentuado, para, de este modo, alcanzar un dominio más eficiente, más económico e higiénico, el poder puede que ya sea otra cosa distinta del "poder".

Hemos visto el modo en que, a partir de la relación saber-poder, surge un ser humano que, en realidad, bien podemos considerar como protagonista, puesto que, si bien es cierto que a éste se le exige hablar por medio de los dispositivos que específicamente son creados para el cumplimiento de tal objeto, igualmente podemos decir que el ser humano es incitado, movido al habla, haciéndole ver que la biografía es descubrimiento, que es mostrar lo que de verdadero hay en cada uno de nosotros, y que, asimismo, puesto que es registro y es narración, la biografía tan sólo existe si es formulada. Y veamos que cada sujeto incluso puede llegar a narrarse a sí mismo y para sí por medio de los recursos que el ser humano se ha "otorgado", es decir, que cada sujeto puede llegar a establecerse finalmente en un diálogo consigo mismo. Sin embargo, esa narración biográfica tan sólo tiene líneas determinadas de coherencia. La biografía, en efecto, es descubrir lo que somos, nuestra vicisitud, nuestro acontecimiento. No obstante, si la biografía tiene una coherencia, si es narración y es inteligible, es por el hecho mismo de que la biografía es orden, y orden básicamente anclado a un sentido de lo útil. La biografía es diferenciación y jerarquía, es la narración de un tránsito entre las líneas que separan lo normal de lo anormal. Y cada sujeto, alumbrado y ya consciente de su instinto, de su sexualidad, de su necesidad de conocerse y hacerse en "vida auténtica", se da a sí mismo en narración, se sienta delante de su biografía y descubre la necesidad de crear nuevos puntos de equilibrio, más convenientes -más saludables, más productivos.

En lo tocante a la confesión, también hemos visto la figura del panóptico, un esquema que permite, a partir sólo de un vínculo de tipo óptico, mantener activas las relaciones de sujeción. Y hemos visto que estas relaciones, a su vez, también se podrían asimilar a ese diálogo interno que cada sujeto mantiene consigo mismo a través del conocimiento científico-médico y de las técnicas de interrogación, y que ya se asumen por su mismo valor objetivo y porque son la misma oportunidad de acceder a lo que el ser humano en realidad es, a su secreto, a su identidad, a su necesidad. El mundo se ha convertido en una gran organización formal capaz de ver muy bien a través de nosotros y de decirnos lo que inevitablemente somos. No existe elusión posible, puesto que, sea donde fuere que nos pudiésemos hallar, incluso en lo más recóndito, en nuestras soledades, allí ya se encontraría el mundo y lo humano, con toda la autoridad propia de esas ciencias todavía recién descubiertas, pero que igualmente las sabemos con el valor intemporal de lo objetivo, de lo que ciertamente es. Y, precisamente en ese diálogo interno, en nuestra soledad, sea en la soledad de nuestra celda o en la de cualquier otro lugar -en la de un desierto o en la de una ciudad-, es donde la relación de sujeción que trae el panóptico actúa de un modo más esencial, allí donde un cuerpo se adhiere finalmente a la idea de lo que es genuinamente humano, donde cada sujeto, en definitiva, sabiéndose en lo objetivo -que es lo mismo que decir "sabiéndose observado"-, procede, sin tan siquiera proponérselo, de un modo automático, a buscarse y a enfrentarse

consigo mismo, con su naturaleza patológica, sus instintos, su violencia, su extravío. Cada sujeto es conocedor -sabe- de un examen de la verdad, de aquello que transcurre ante sus propios ojos y que, puesto que nada le escapa, hace que resulte inevitable el inicio de un diálogo propio. En ese diálogo, razón y locura se hallarán expuestas a una misma luz, y ya la misma razón nos habla sobre cuán conveniente resulta la enmienda y la superación de todo resto de locura, de todo desorden de la imaginación y de la conducta.

Un ejemplo muy claro de lo anterior lo encontramos en *Historia de la locura*, cuando Foucault se refiere al desencierro de los locos, que promovieron Pinel y Tuke a finales del siglo XVIII. El desencierro tiene por objeto favorecer que los locos, en un estado de relativa libertad, se acerquen a la "razón" por medio de la influencia que el mundo les trae. El loco, así, debe entrar en contacto con la naturaleza, trabajar al aire libre, relacionarse con las formas normales de lo humano y, de este modo, exponerse también a la fuerza de lo objetivo, a la mirada de un mundo que hace que constantemente se ponga en evidencia la diferencia con lo anormal<sup>36</sup>. La influencia positiva que se procura generar sobre el loco no es otra cosa, en realidad, sino el inicio de un diálogo interno que el loco debe poder llegar a mantener consigo mismo. Observamos, de hecho, cómo con esta práctica se alude a lo que sería una especie de dinámica inherente, inseparable del ser humano, y que favorece la expansión natural de la razón, su misma motivación como acontecimiento. Y en el loco, si el desarrollo de esta dinámica se trunca, ello, sin embargo, no debe impedir que se inicie -a través del mismo contacto con la naturaleza y con toda una serie de escenas que ya de por sí nos hablan sobre el verdadero sentido de lo humano- una serie de nuevos ajustes que, para esta ocasión, sí sean prudentes, positivos, que permitan una mejor adaptabilidad a la vida normal, una lógica más adecuada para el desempeño de la vida normal.

El loco debe ser liberado de su encierro para que así el mundo le pueda devolver el reflejo de su imagen verdadera, para que así el loco deje de permanecer plegado sobre sí mismo, girando siempre en torno a un mismo estado. El loco ha de saberse loco y, para ello, resulta preciso el inserto de un polo de cordura que tan sólo puede llegar desde el exterior. Y, de este modo, una vez que el loco es sentado delante de su propia imagen, sin violencia, sin coacción, ya se produce una llamada a esa dinámica inherente, presupuesta en todos los individuos, que empuja en pos de la razón. Ya existe un doble polo locura-razón que permite la diferenciación y el diálogo. El mundo inquiere a la vez que ya introduce nociones sobre lo que se ajusta a la verdad de la salud y de la moral -el mundo sabe-, y, en tanto, el loco ya tan sólo se limita a contestar con más o menos locura. El loco, así, pasa de un grito anónimo, impersonal, entre los muros del asilo, a un grito que ya tiene algo de universalidad y hasta de coherencia para un mundo que lo recibe con una luz y una elocuencia auténticamente anónimas. El loco, nuevamente concebido, ya reconocido y estimado como completamente humano, toma otra disposición en el campo social, y se le hace una invitación a razonar, a encontrarse en el sentido que el propio mundo le está otorgando: su humanidad coherente y universal, si bien desviada.

36 FOUCAULT, M., *Historia de la locura en la época clásica*, Vol. II, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1985, 2ª ed., pág. 226.

De lo que estamos hablando aquí es de tecnología de poder. Ya no existe la necesidad de matar al monstruo. El poder es capaz de dejar de ser "poder", de dejar de ser fundamentalmente violencia, y convertirse en la realidad de todos los días, en esa realidad con la que se debe contar para la plenitud, para la libertad. El poder alcanza a constituirse como apoteosis de lo humano; es libertad y es cuidado. Y, dicho esto, aquí se hace de nuevo oportuna la siguiente cuestión, y que hemos formulado anteriormente: ¿qué puede existir bajo las formas "hombre", "poder" o "técnicas de dominación" y que, al tiempo, se halle igualmente fuera de estas formas? Nos encontramos con un poder que ha dejado de estar localizado, concentrado en manos de alguien, y ni siquiera representado por ninguna institución. Digamos que el poder se ha desindividualizado y que, ya siendo otra cosa distinta del "poder" -un individuo sujetado por quien detenta el poder o, también, violencia de una clase sobre otra-, ya no lo podemos dejar de ver sino como un tipo de fuerza que pasa por los dominados tanto como por los dominantes, una fuerza que en el plano histórico toma relevancia, toma validez, porque, en definitiva, es una fuerza que consigue ponerse en relación con otras fuerzas<sup>37</sup>.

Cuando Foucault señala que en el Antiguo Régimen se entendía que cualquier delito llevado a cabo contenía por sí mismo una fracción de regicidio, considerándose finalmente el regicidio como el crimen absoluto, el más despreciable<sup>38</sup>, o cuando, por otro lado, también señala que, a partir del siglo XVIII y con el desarrollo de las ciencias médicas, se vino entendiendo asimismo que en todo anormal se podía llegar a detectar, en el fondo, el desmán de un pequeño tirano o de un monstruo pálido -cómo en cada niño díscolo, en efecto, se advertía la existencia de un diminuto Iván el Terrible que se vuelve contra la moral-<sup>39</sup>, se ha observado cómo en ambos casos el estilo, el tono también, con que se enfrenta esa dimensión rebelde, escandalosa y temible del delincuente y del sujeto desviado tiene por objeto, en realidad, vestir de imperiosa necesidad, de legitimidad social, la creación de todos los recursos que sean precisos para que, en primer lugar, la humanidad logre eludir el peligro inminente de lo anormal y, en segundo, se pueda construir el proyecto de dominio e injerencia con el que enfrentar el problema de lo anormal. No obstante, aquí también se puede observar que el poder, en su dimensión histórica, política, siente la presencia de su correlato, de aquello sobre lo que se apoya su sentido, su necesidad, y que, en la dimensión del Afuera, no es otra cosa sino fuerzas, fuerzas que se buscan, que se incitan, y que igualmente oponen una resistencia. Así, el poder, circulante, atravesador, transita por todo el espacio, y, si tal cosa consigue, es porque existe una dinámica de búsqueda y oposición junto con otras fuerzas

---

37 "[...] Tener bien presente que el poder, salvo si se lo considera desde muy arriba y muy lejos, no es algo que se reparte entre quienes lo tienen y lo poseen en exclusividad y quienes no lo tienen y lo sufren. El poder, creo, debe analizarse como algo que circula o, mejor, como algo que sólo funciona en cadena. Nunca se localiza aquí o allá, nunca está en las manos de algunos, nunca se apropia como una riqueza o un bien. El poder funciona. El poder se ejerce en red y, en ella, los individuos no sólo circulan, sino que están siempre en situación de sufrirlo y también de ejercerlo. Nunca son el blanco inerte o consintiente del poder, siempre son sus relevos." FOUCAULT, M., *Hay que defender la sociedad*, Akal, Móstoles (Madrid), 2003, pág. 34.

38 FOUCAULT, M., *Vigilar y castigar*, cit., pág. 59.

39 FOUCAULT, M., *Los anormales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, pág. 63.

que, si bien es evidente que pueden tener magnitudes distintas a las del poder histórico, igualmente forman parte del mismo campo físico. En adelante, intentemos pensar el poder como acontecimiento de fuerza y movimiento, y ni siquiera como lucha entre fuerzas -como si éstas tuvieran "intereses" propios-, sino como dinámica de fuerza.

Lo que existe bajo las formas "hombre", "poder" o "técnicas de dominación" y que, al tiempo, se halla igualmente fuera de estas formas es un campo físico que ubicamos en el Afuera, donde no se puede pensar en el drama ni en el dolor consustanciales a la Historia, y que, a su vez, observamos cómo en realidad marca los puntos de evolución del poder, el sentido de su cada vez mejor estrategia. El poder descubre sobre las ventajas de no ser "poder", de no ser una fuerza principalmente destinada a limitar, impedir o excluir aquello que se le supone extraño y que podría constituir una amenaza para su duración; descubre que su pervivencia depende de su mejor comunicación y extensión a través del cuerpo social, y que ello, a su vez, le va a exigir una relación distinta con el ser humano; y descubre que se debe posibilitar por vía de la unión, de la integración de partes, y que, si ello se ha de llevar a cabo entre lo que es múltiple, entre lo diverso, se ha de llegar incluso a apoyar en la voluntad de resistencia de esa multiplicidad. El poder aprende que, si en un primer momento golpea el vacío del ser humano al grito de "¡habla!" con el propósito, sí, de suscitar, de mover nuevas energías, de incluir nociones más claras sobre lo que resulta útil, lo debe hacer sólo para luego retirarse. Las disciplinas atizan lo humano, convocan y modulan las fuerzas que se hallan ocultas, y de ello resulta un ser humano más capaz, más adaptable y, en verdad, también más útil. No obstante, si este poder disciplinario sobre los cuerpos permaneciera por siempre en éstos, dirigiendo, condicionándolo todo, salvando, uno por uno, todos los peligros del extravío, ¿no consistiría ello en un poder de tipo unívoco, imposible de interpretar desde la línea del Afuera? En realidad, el poder disciplinario, como fuerza que es, se muestra *finalmente* dúctil e intermitente; penetra allí donde puede ser mejor recibido y permanece con efectos que no son completamente cerrados. Y, así, consideramos que se puede decir que el poder disciplinario ha conseguido establecerse con tal grado de éxito y en tan escaso tiempo porque sus efectos, su llamada a otras fuerzas, precisamente no intenta revertir las leyes del Afuera, tarea ésta que, por otro lado, resulta imposible. Las fuerzas coexisten, se suscitan entre ellas, se modifican, se llaman a la producción, a generar, a diversificarse o incluso a contenerse, pero nunca a desaparecer. El poder disciplinario funciona porque existen fuerzas distintas a la suya, fuerzas a las que ofrecerse y a través de las cuales, ciertamente, comunicarse en efecto, pero que, y esto es lo fundamental, permanecen con entidad propia. En el momento en que se atiza lo humano, se puede obtener un efecto de utilidad. No obstante, lo que de poder disciplinario permanece en esa fuerza que llamamos ser humano ya sólo le corresponderá a esa fuerza. En adelante, el efecto de poder constituirá parte de la misma fuerza incitada y con efectos que, a su vez, no estarán absolutamente determinados. De este modo, podemos intentar resolver cuál sería el destino de un individuo concreto una vez que éste consiguiera salir de la institución disciplinaria que lo formó. La respuesta quizás tuviera que ver con una cuestión de probabilidades. Pero, en todo caso, pensemos que, aun siendo el sujeto disciplinado un sujeto gobernable, también es un sujeto

que a la vez es autónomo. De hecho, pensemos que, si el sujeto disciplinado es un sujeto gobernable, ello en realidad se debe a que también es un sujeto autónomo. El poder, si es producción, si es movimiento, requiere de una multitud-base para el encuentro, requiere del genio que se produce desde el capricho, desde lo diferente, y requiere de seres libres, ávidos por emplear los recursos en los que se ha traducido el efecto del poder. Y ello, al tiempo, también representa la posibilidad de que un sujeto gobernable gire su autonomía para centrarse sobre sí mismo. Puesto que es gobernable y autónomo, el sujeto puede llegar a descubrir que a lo largo de sí mismo se extiende ese campo sobre el que operar, receptor sensible a las llamadas de lo útil. El sujeto puede establecer una relación consigo mismo, una relación de poder afectarse a sí mismo para el completado de fines. Y, por último, tampoco podemos dejar de recordar que el sujeto gobernable que se gobierna a sí mismo igualmente puede tomar decisiones sobre la resistencia que opone a las fuerzas que lo intiman<sup>40</sup>.

Somos capaces de ver que el poder no es ir en contra de la vida, que el poder no es reprimir vida, sino *gestionar* su nacimiento, sus manifestaciones múltiples<sup>41</sup>. El poder golpea para luego retirarse. Su estrategia ha cambiado, y si la confesión, el panóptico, el desencierro, constituyen el recurso principal con el que se ha centrado el ser humano que hoy en día conocemos -habiéndosele insertado un eje de lo gobernable-, ello ya significa la retirada del golpeo, del golpeo que, para el caso de que permaneciera todavía, invariable, ocupándolo todo, en realidad sería el "poder" que hemos venido calificando de histórico y que, en definitiva, asociamos al poder-signo que recordamos del Antiguo Régimen, un poder que se expresa por lo que su violencia ya representa, por su sola capacidad de administrar muerte. E incluso podemos decir que el poder disciplinario, que es un poder vivificador, esto es, que busca el desatado y maximización de las energías humanas, hoy podemos ver que igualmente ha evolucionado y que, en lo más fundamental de su esquema, ya ni siquiera podemos referirnos directamente a la violencia y sujeción que, sin embargo, son tan propias de las instituciones disciplinarias, a los ejercicios y castigos con que, en estas instituciones, sabemos que se enfrentan las ineficiencias, los desvíos de la conducta humana. Porque, si aspiramos a comprender el modo en que hoy se puede seguir concibiendo el poder disciplinario, quizás tengamos que decantarnos, antes que por la palabra "violencia" y por aquellas que nos resultaran equivalentes, por la palabra "libertad", y, más en concreto, dentro de ese implantado complejo de coacciones para la libertad, al final quizás tengamos que decantarnos por un tipo de libertad distinta que, cada vez más, se concibe como libertad de partida, previa, y no-histórica. La libertad del sujeto, en efecto, se parece cada vez más a una libertad primera; ya no sería tanto un hacerse libre o un intentar realizarse como sujeto libre en la disciplina, sino, más bien, desde la misma libertad, un enfrentarse, por ejemplo, al reto

---

40 "No hay diagrama que no implique, al lado de puntos que conecta, puntos relativamente libres o liberados, puntos de creatividad, de mutación, de resistencia, de ellos, quizá, habrá que partir para comprender el conjunto." DELEUZE, G., *Foucault*, cit., pág. 70.

41 Y la palabra "gestión" tampoco es un sucedáneo o una ocultación. No consideramos que la tarea consista exactamente en trasladar connotaciones dramáticas, políticas, desde la palabra "poder" a la palabra "gestión". Nuestra explicación no debe llevar exactamente por objeto un mero redescubrimiento del poder, sino, más bien, su progreso táctico.

de hacerse más fuerte, más capaz, más poderoso en definitiva, y que, antes que construcción de libertad, sería, sin más, ejercicio de la propia libertad. El poder, de este modo, ya no lo podríamos entender exactamente como un empuje del hombre hacia la libertad del hombre, hacia la plenitud, puesto que ahora vemos que el poder se ocupa, va al encuentro, de una libertad que, aunque tan sólo se pone de manifiesto por su ejercicio, ya existe antes de que el poder golpee. Empezamos a distinguir un poder cuya intimación al hombre es la incitación de una libertad que ya es y que no se califica, o, mejor, ya incluso sólo la posibilización o la mera disposición de unos medios con los que mejor poder ejercitar esa libertad<sup>42</sup>. El poder ahora se concibe en un cierto desequilibrio que se inclina en favor de la libertad, una palabra que sí podríamos llegar a entrecomillar, pero que, no obstante, aquí deberemos empezar a entender en el mismo sentido con que igualmente hemos colocado el poder en la línea del Afuera: fuerzas en un campo de fuerzas, fuerzas que se llaman, que se suscitan las unas a las otras, que se dan en efecto, pero que no tienden a destruirse. Las fuerzas no necesitan del interés para ser, del mismo modo que la libertad tampoco necesita del interés, al margen de que luego las fuerzas sean magnitudes que inciden, que resisten, que la libertad se incline finalmente por incidir y resistir, y que ello, a su vez, históricamente se interprete como algún tipo de interés.

El progreso del poder, su táctica, se encamina a la pérdida de antiguas nociones en torno al poder, hasta alcanzar incluso la pérdida de la misma palabra "poder", su localización. En primer lugar, hemos visto cómo el poder se vuelve menudo, microfísico, capaz de iluminar y ocupar el conjunto de los espacios, llegando a formar parte indistinta e indisoluble de la realidad y llegando finalmente a constituir un murmullo. En segundo lugar, también nos hemos referido a la desindividualización del poder, dado que, cada vez más, se manifiesta como flujo, como circulación atravesadora que se comunica a través de todo y que, antes que poder poseído por alguien, se manifiesta como ejercicio múltiple y desigual. Y, en tercer lugar, también hemos citado que el sistema, por último, experimenta lo que parecería ser un desequilibrio en favor de la libertad, y que ello en realidad consiste en una coincidencia de nivel entre poder y libertad. Aquél se dirige al encuentro con ésta, que, por su propia cuenta, es cierto que ya toma a cargo los mismos efectos que el poder le había ofrecido. No obstante, ahora también se establece un tipo de relación entre poder y libertad que, sin ser exactamente la de la asimilación, sí observamos que es la de una coincidencia entre ambos, en absoluto forzada. Y observamos que tampoco es, precisamente, que el propio poder únicamente decida tolerar cierta libertad para que continúen sonando en reverberación los efectos de lo que todavía fuera "golpeo", sino que, de hecho, vemos que el poder decide entregarse abiertamente a una libertad que ya ni siquiera importa que hubiese sido o no previamente "tratada"<sup>43</sup>. Y, tal y como decimos, no consiste ésta en la clase de libertad que

42 "El nuevo arte gubernamental se presentará entonces como administrador de la libertad, no en el sentido del imperativo 'sé libre', con la contradicción inmediata que puede plantear. El liberalismo no formula ese 'sé libre'. El liberalismo plantea simplemente lo siguiente: voy a producir para ti lo que se requiere para que seas libre. Voy a hacer de tal modo que tengas la libertad de ser libre." FOUCAULT, M., *El nacimiento de la biopolítica*, Akal, Humanes (Madrid), 2009, pág. 72.

43 "Dejar que la gente haga y las cosas pasen, [...] hacer de tal suerte que la realidad se desarrolle y marche, siga su curso de acuerdo con las leyes, los principios y los mecanismos que le son propios." FOUCAULT, M., *Seguridad*

el poder nos habría enseñado a procurar, puesto que ahora se muestra como posibilidades no del todo contabilizadas, de efectos no controlables al modo exhaustivo. Es una libertad de partida que guarda un imprevisible-admisible y donde, asimismo, los ecos del golpeo se hacen cada vez más raros, más difíciles de escuchar.

Se trata de una libertad cuya distinción con lo que pudiese ser el resto de un poder como el que hasta aquí hemos venido conociendo –examinador, delimitador, sujetador– admitimos que no sería sencilla de ninguna manera y, por lo demás, tampoco inconvencional. Sin embargo, la línea de evolución del poder continúa marcada, en efecto, por un principio de admisibilidad, de lo que en definitiva cuenta con la viabilidad que se precisa para perdurar, y que nos viene influida por la línea del Afuera. Observamos que el poder y la libertad, en el momento en que se ponen de manifiesto, ya son ejercicio de sí mismos, son fuerzas. Y tanto es así que incluso se puede llegar a decir, sin especial problema para los significados en juego, que el ejercicio del poder es demostración de libertad y que, a su vez, el ejercicio de la libertad no es sino también demostración de poder. Las distintas líneas de libertad y poder que antes veíamos enfrentarse, entrecruzarse, superponerse; las distancias abiertas entre libertad y poder, y que progresivamente se han ido relativizando, tienden a distinguirse cada vez menos<sup>44</sup>.

¿Qué es exactamente de lo que nos estaríamos desembarazando y en qué tipo de orden ya nos habríamos adentrado? Foucault centra un nuevo interés: el liberalismo, un sistema hecho para hacer funcionar libertad y para el que se considera contraproducente la disposición de opciones intermedias, previas, la disposición de aquello que resulte, en definitiva, un obstáculo para el nacimiento de opciones eficientes. De hecho, en el liberalismo siempre se percibe que existen demasiadas restricciones, demasiadas limitaciones, ya que se entiende que los sujetos políticos y económicos deben poder guiarse por su libertad más original, que es primordial y que siempre se demuestra acertada, y una interferencia de, por ejemplo –y de modo fundamental–, el Estado, al restar autenticidad a las decisiones, provoca que éstas sean, si no fallidas, al menos no todo lo eficientes posible<sup>45</sup>.

El poder disciplinario permanece como efecto que no dejará de circular, pero cuyo protagonismo –la presencia primera de unas instituciones productoras de subjetividad, integradoras– desaparece, no obstante, por un lado de la escena, apareciendo desde el otro extremo una forma distinta y de la que todavía nada hemos dicho. La línea del poder se muestra de nuevo, con distinto rostro, y comprobamos que se ha vuelto quirúrgica, interviniendo en esa especie de caos ordenado que es el liberalismo, sólo para sellar las disfunciones del sistema<sup>46</sup>. Nace una forma distinta de gobernar, con un saber propio, y

---

*territorio y población*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006, pág. 70.

44 "Un poder que se piense como regulación sólo capaz de producirse a través de la libertad de cada uno y con apoyo en ella". *Ibidem*, pág. 71.

45 "Ahora, el gobierno se ejercerá sobre lo que podríamos llamar república fenoménica de los intereses. Pregunta fundamental del liberalismo: ¿Cuál es el valor de utilidad del gobierno y de todas sus acciones en una sociedad donde lo que determina el verdadero valor de las cosas es el intercambio?" FOUCAULT, M., *El nacimiento de la biopolítica*, cit. pág. 57.

46 "Verán con claridad que, en el corazón mismo de esa práctica liberal, se instaura una relación problemática,

vemos, una vez más, que con ella también nace para nosotros la necesidad básica de intentar seguir pensando distinto desde esa constante, desde ese inmutable "volver a empezar", que representa la línea del Afuera.

#### IV. BIBLIOGRAFÍA

- CASTRO, E., *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011.
- CIORAN, E. M., *La caída en el tiempo*, Tusquets-Fábula, Barcelona, 2003.
- DELEUZE, G., *Conversaciones, 1972-1990*, Pre-textos, Paterna (Valencia), 2006.
- DELEUZE, G., *Foucault*, Paidós, L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona), 2010.
- FOUCAULT, M., *El nacimiento de la biopolítica*, Akal, Humanes (Madrid), 2009.
- FOUCAULT, M., *El orden del discurso*, Tusquets-Fábula, Barcelona, 2008, 4ª ed.
- FOUCAULT, M., *El pensamiento del afuera*, Pre-textos, Paterna (Valencia), 1997.
- FOUCAULT, M., *Hay que defender la sociedad*, Akal, Móstoles (Madrid), 2003.
- FOUCAULT, M., *Historia de la locura en la época clásica*, Vol. II, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1985, 2ª ed.
- FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad. Vol. 1. La voluntad de saber*, Siglo XXI, Paracuellos de Jarama (Madrid), 1998, 9ª ed.
- FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad. Vol. 2. El uso de los placeres*, Siglo XXI, Paracuellos de Jarama (Madrid), 1993, 2ª ed.
- FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad. Vol. 3. La inquietud de sí*, Siglo XXI, Paracuellos de Jarama (Madrid), 1987.
- FOUCAULT, M., *Los anormales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.
- FOUCAULT, M., *Obras esenciales. Vol. 1. Entre filosofía y literatura*, Paidós, Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona), 1999.
- FOUCAULT, M., *Obras esenciales. Vol. 2. Estrategias de poder*, Paidós, Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona), 1999.
- FOUCAULT, M., *Obras esenciales. Vol. 3. Estética, ética y hermenéutica*, Paidós, Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona), 1999.
- FOUCAULT, M., *Seguridad territorio y población*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.
- FOUCAULT, M., *Un peligro que seduce*, Cuatro, Valladolid, 2012.
- FOUCAULT, M., *Vigilar y Castigar*, Siglo XXI, Madrid, 1984, 4ª ed.
- FROMM, E., *El miedo a la libertad*, Paidós, Montcada i Reixac (Barcelona), 2005.
- LAO-TSÉ, *Tao te king*, Sirio, Málaga, 1989.

---

siempre diferente, siempre móvil, entre la producción de la liberad y aquello que, al producirla, amenaza limitarla y destruirla." *Ibidem*, pág. 72.